

UN ARTISTA PARA LA HISTORIA DE CÓRDOBA

ANTONIO OJEDA CARMONA
ACADÉMICO CORRESPONDIENTE

En este ámbito acogedor del monasterio de Pedrique en que nos encontramos, al amparo de la Sierra, que fue el ideal asentamiento en sus colinas de tantos eremitorios y cenobios como florecieron en la Córdoba mozárabe, algunos famosos de sonoro nombre como Cuteclara, Tabanenses o Peñamelariano no podemos menos que evocar preclaros personajes de nuestra historia local de aquella época: San Eulogio, su amigo Alvaro y los abades Sansón y Esperaindeo, que estuvieron ligados a la vida religiosa y al martirilogio de aquel siglo noveno. Aquí, la tranquilidad y el sosiego embargan el espíritu y lo hace proclive a realizar un breve ejercicio de meditación, con el amor puesto en Córdoba, que se adivina al fondo, y en la vinculación de ese sentimiento con la Real Academia.

A mi particular reconocimiento a Aurelio Teno, nuestro anfitrión, por su amable acogida, sigue mi felicitación por haber sabido recuperar este recinto monacal tan interesante, su sensibilidad de artista ha dado un ejemplo de buen hacer rescatando del pasado este recuerdo. Conforta ver como todavía hay quienes se preocupan por su tierra, conscientes de revivir su historia y de mantener el respeto por la cultura que nos ha sido legada, algo que debiera servir de ejemplo para corregir la habitual incuria que desde hace tanto tiempo se ha enseñoreado en el casco urbano de la ciudad. Buena lección de sensatez ante la insensibilidad con que se contempla la destrucción de importantes yacimientos arqueológicos, la desaparición de palacios y conventos de honda tradición y hasta el progresivo hundimiento de iglesias del siglo XIII, heredadas de la época fernandina de la Reconquista, se comenzó con la iglesia de la Magdalena y por ese camino va, si Dios no lo remedia, la parroquia de San Pedro, que fue primitiva catedral de Córdoba.

Volviendo al hilo de la meditación y con el pensamiento puesto en nuestro pasado histórico, con el ánimo mejor dispuesto para el optimismo que no para el derrotismo antes confesado, también a mí me apremia el deseo de aportar mi pequeño grano de arena para reivindicar el prestigio de los artistas cordobeses,

rescatándolos de la descuidada memoria. Se lee y oye con frecuencia que Córdoba no dio grandes individualidades en el mundo del arte, y aunque nos pese, tenemos que reconocerlo abdicando de toda tentación chauvinista, lo que no empece que haya existido una escuela cordobesa en la historia del arte; conviene recordarlo porque no hallarse en los primeros lugares no supone un menoscabo — como parece dejar entrever la carencia de grandes artistas— para la valía de los que sí hubo. Los artistas cordobeses crearon obras verdaderamente valiosas y duraderas que merecen reconocimiento y aprecio, sin regatearle el lugar que les corresponda, tal vez no alcanzaron la gloria suprema, pero sí supieron hacer suficientes méritos para cercarse a ella.

Mayer, al estudiar la pintura española, la divide en tres grandes grupos: Aragón, Castilla y Andalucía, y dentro de este último distingue tres escuelas: la sevillana, la granadina y la cordobesa, si bien a ésta la considera pequeña escuela. No cabe la menor duda de que personalidades como las de Murillo, Velázquez o Zurbarán no tuvieron su correspondiente en Córdoba, pero no es menos cierto que aquí nacieron muy buenos maestros, queda por saber si éstos tuvieron realmente la posibilidad de obtener mayor notoriedad. Continuando con Mayer, encontramos ya una disculpa, dice: “la prosaica carencia de dinero y de mecenas imposibilitó que el arte cordobés prosiguiese la floración que momentáneamente alcanzó en este siglo”, se refiere al XVII. No podemos olvidar que entonces se encontraba Córdoba supeditada a Sevilla, que representaba el centro artístico de Andalucía, y allí acudían a formarse nuestros pintores y escultores, lo que de hecho era un reconocimiento a la superioridad de aquella escuela. Y si a estos condicionantes le agregamos la peculiar idiosincrasia de los cordobeses, contrapuesta a la de nuestros vecinos, apasionados entusiastas de sus cosas, no debe extrañarnos que también les faltara el aliento de sus conciudadanos, pues es hoy todavía, y como bien ha dicho Carlos Clementson, “en estos momentos difíciles para el arte de Córdoba en que se clausuran galerías, se discrimina inexplicablemente de otras a sus pintores por el mero hecho de su naturaleza cordobesa”.

Admito que nuestros artistas no hayan llegado al máximo nivel de valoración que les deseamos, no por eso es aventurado pregonar con orgullo que Bartolomé Bermejo no tuvo parangón en su tiempo en toda Andalucía, que Antonio del Castillo está a la altura, como pintor, de Alonso Cano y equiparado con algunas de sus obras a Valdés Leal, que Palomino en tanto pintor y tratadista superó a Pacheco y que Juan de Mesa no tuvo nada que envidiar a Martínez Montañés.

Contemplando las obras de Aurelio Teno en este su museo, viene a nuestra imagen la de aquellos artistas polifacéticos del Renacimiento que, con igual inspiración y acierto compartían su trabajo entre la pintura, la escultura, la arquitectura y hasta la poesía, algunas de cuyas cualidades posee Teno. Diversificar la creación artística y hacerlo bien en cada una de esas manifestaciones es un privilegio de los elegidos y esto hace a Aurelio: pintor, escultor y orfebre, acreedor a ser incorporado a esta nómina de los artistas que forman la historia de las Artes de Córdoba.

Historia que cuenta con más pintores que escultores u orfebres, a Pedro de Córdoba, Bartolomé Bermejo, Pablo de Céspedes, Zambrano, Antonio del Castillo, etc., sólo acompañan Juan de Mesa, Alonso Gómez de Sandoval y Álvarez Cube-

ro en la escultura, y el Vandalino y Damián de Castro como orfebres. Tendría que pasar mucho tiempo para que el fiel de la balanza nivelara la simultánea aparición de un pintor y un escultor de reciente memoria: Julio Romero de Torres y Mateo Inurria. Me refiero en general únicamente a aquellos nombres que tuvieron resonancia nacional e internacional, sin duda la relación de los conocidos en los ámbitos regional y local es infinitamente más larga, pero me ha parecido más idónea esta distinción para situar a Aurelio Teno en el escalafón de los primeros.

Tras una sólida formación se entrega a su labor divesificándola en tres facetas distintas y a su vez complementarias, en la pintura se libera de los medios expresivos subordinados al naturalismo para imprimirle una autonomía eminentemente creadora y desasosegada, pintura insólita de aguda intención desmitificadora, con aditamentos de otros materiales que la vinculan en cierto modo al arte pop. De esta esculto-pintura a la escultura hay un solo paso que el artista adelanta con firmeza entregándose de lleno a esta especialidad para la que parece especialmente dotado.

Es la escultura tan escasa de nombres en Córdoba, la que reclama una mayor continuidad en el tiempo, de Álvarez Cubero fiel al neoclasicismo saltamos un siglo después a Mateo Inurria, iniciado en el naturalismo, pero renovando la estatuaría de sus contemporáneos al estilizar las figuras rendimiéndolas de añadiduras inútiles y alejándose del modelo griego-romano, para recibir mejor la influencia del arte egipcio. Aurelio Teno es el siguiente en coger el testigo de esta carrera de relevos de los grandes escultores cordobeses, en el sentido artístico y generacional también, porque Aurelio nace tres años después de la muerte de Mateo Inurria. Y cambia totalmente la forma de concebir la escultura, pudiendo aplicársele el dicho de Montesquieu: "Es preciso poner contraste en las aptitudes, sobre todo en las obras escultóricas, las cuales, naturalmente frías, sólo pueden animarse mediante la fuerza del contraste y de la situación". Estamos ante una auténtica ruptura, entendida como concepto y procedimiento no en tanto a historia, porque según Ernesto Sábato "no hay progreso en el arte, en el arte hay alternativa".

Esta nueva forma que tiene Aurelio de entender la escultura rompe los moldes tradicionales de hacerla, no se limita a tallar, esculpir o fundir, además emplea cualesquiera otros materiales que encuentra adecuados como elementos de la composición, adicionando, encajando, adaptando y configurando en suma cuanto le ayuda a conseguir la unidad creadora de su obra. Si se me permite emplear una metáfora, pienso que una vez que la inspiración le ha deparado una idea, la viste con los elementos que considera más idóneos a su sensibilidad, envolviéndola con fuerza como un celoso imaginero policroma vigorosamente la imagen que acaba de realizar. Un trozo de vieja madera, un canto rodado, unos alambres..., cobran un noble protagonismo en sus manos.

Esta improvisada radiografía de la obra de Aurelio Teno no tiene más valor que el que puede prestarle mi sentimiento, porque yo no soy crítico de arte, sólo pretendo expresar mi emoción al contemplarla y justificar la sensación que me produce, huyendo del dicho fácil "yo sé que me agrada pero no sé por qué", que es tan corriente e impropio para un razonamiento. De ahí el manifestar mi inclinación por otra faceta de su arte que admiro, su labor de orfebre, y no con intención de

preferir al pintor y al escultor, sino porque diariamente la tengo a la vista en mi estudio. La modesta colección que voy reuniendo cuenta con tres escultura de él que suscitan mi predilección, son de pequeño formato, no de arte menor como vulgarmente y con evidente error se cataloga esta clase de obras, dibujo, pintura o escultura, no tienen unidad de medida que sirva para catalogarlas, pues el Arte – con mayúscula– igual se encuentra en un apunte, una miniatura o una tanagra, como puede hallarse en un gran cuadro, un mural o una estatua ecuestre.

Una de esas obras es un maravilloso torso de su serie A, de 25 cm. de altura, en plata y cuyo vientre se abre con una explosión de mineralogía cristalizada como fruto de granada. Las otras dos corresponden a su serie de signos del zodiaco – Escorpio y Acuario– de expresivas y fantásticas aptitudes, son preciosas figuras que parecen salidas de un cuento oriental, en las que combina graciosamente con la plata unas pequeñas y delicadas caracolas. Esta actividad de Aurelio Teno arraiga en la tradición de la platería cordobesa, si bien con la evolución propia de su tiempo y el mismo carácter renovador de toda su obra, con un nuevo concepto del diseño que le distingue del trabajo corriente que aquí se hace y le acerca más a un refinado Donatello.